

“IQUIQUE ERA UNA VILLA GRANDE Y HERMOSA”. IQUIQUE EN LA PLUMA DE ESCRITORES Y GEÓGRAFOS.

* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: bernardo.guerrero@unap.cl.

Bernardo Guerrero Jiménez.*

El presente artículo considera a escritores y geógrafos que han escrito sobre Iquique, tal como si fueran etnógrafos que nos entregan información sobre esta ciudad, destacando aspectos poco probables de encontrar en otras fuentes. Se recrea tanto el ambiente de la ciudad como algunas de sus costumbres y hábitos.

Palabras claves: Identidad Cultural - Etnografía - Historia.

This article considers writers who have written about Iquique as if they were ethnographers that provide information about the city, highlighting features unlikely to be found in other sources. Both the setting of the city and some of its customs and habits are portrayed.

Key words: Cultural Identity - Ethnography - History.

“En el principio fueron una calle, una calle íntima y alegre, como un cumpleaños, tan viva ahora, como entonces, niña todavía, tenía ocho años, igual que yo (las calles y las ciudades tienen la misma edad que uno)” Carlos León del cuento *Todavía*.”

¿Qué sabemos de las calles y veredas de Iquique, de sus casas y edificios, de sus hábitos en general que nos remitan a lo que fue esta ciudad-puerto? ¿A quién recurrir para encontrar trazos de esos aspectos que por lo general la historiografía clásica no toma en consideración? Por último ¿cómo registrar las percepciones y auto-percepciones que los iquiqueños y no iquiqueños tienen de esta ciudad? Estas y otras preguntas son las que en este artículo pretendo responder con el aporte de escritores que han recreado parte importante de la vida de Iquique.

Explicitar las percepciones y auto-percepciones del Iquique de fines de siglo pasado y principios de 1900, sólo se puede hacer a través de la reconstrucción,

apoyada en documentación de tipo histórica. Sin embargo, la ausencia de materiales de este tipo, obliga a revalorar otro tipo de fuentes: la literatura.

Asociada a la ficción, y con ello contraria a la “verdad” o a los “hechos”, la literatura no goza de buena fama, a la hora de usarla como fuente de información. Al no ser que se la tilde derechamente como “fuente secundaria”. Las llamadas fuentes primarias

Este artículo forma parte del Proyecto Dinámicas y Paradojas de la Identidad Cultural Local, financiado por la Dirección General de Investigación y Desarrollo de la Universidad Arturo Prat, N° 07/95. parecen gozar de un status superior. No obstante ello, creo que tanto la literatura -específicamente la que usamos en este artículo- como la antropología, no son más que interpretaciones de la cultura, en este caso de la iquiqueña. Podemos afirmar con Geertz, que las interpretaciones son ficciones, en el sentido de que son algo hecho, algo modelado -el significado original de fictio-, no que sean falsos, imposibles o solamente experimentos pensado como sí (Geertz; 1992: 556).

En este artículo se propone usar la literatura como el único medio existente, para dar cuenta de las impresiones subjetivas, y por ello no menos importantes, que diferentes autores, tienen de la ciudad y de hechos que en ella han ocurrido. Estos literatos han interpretado los hechos y cuando han hablado de la ciudad, la han descrito con ayuda de la metáfora o del lenguaje figurado. El texto literario encontrado, en este caso la novela o el cuento, son para mí, textos de algún modo etnográficos que asocio a la etnografía de Malinowski o de Lévi-Strauss. Y en esta dinámica la frase de Geertz parece ser más certera cuando al criticar el modelo de los juegos de Goffman y el del drama social de Turner, propone el modelo del escritor-lector (Geertz; 1994: 44). La literatura, a diferencia de la antropología clásica, soslaya la obsesión de esta última por el tema de la legitimidad de la “empatía” o de la “intuición”. Los antropólogos, tratan de hallar bajo el modelo de las ciencias naturales el patrón que fundamentan si sus observaciones son correctas o no (Geertz; 1989: 19). De modo tal que hallo en estos autores-escritores etnógrafos del 1900 una serie de relatos sobre Iquique que nos permitirán obtener una imagen de la ciudad en la que la estética no está reñida con lo que realmente ocurrió, aunque haya que reconocer que la estética incluso está en la muerte y en la tragedia. En otras palabras coincidimos con un autor chicano quien dice: “Los pensadores sociales deben tomar los análisis narrativos de otras personas con la misma seriedad con que ‘nosotros’ tomamos los nuestros” (Rosaldo; 1989:

139). Esta es la idea central de este artículo, considerar a los literatos como compañeros de ruta.

Autores como Eduardo Barrios, Carlos León, Luis González Zenteno y el bombero Dimas Filgueira, nos entregan importante información acerca de Iquique, y sobre todo de aspectos relacionados con la vida cotidiana. Cito además a dos autores de diccionarios: Piso Patrón y Asta Buruaga.

LA MIRADA DESDE LA LITERATURA

Eduardo Barrios nació en Valparaíso el 21 de octubre de 1844. Llegó a Iquique en pleno esplendor del salitre. Trabajó en el puerto, en las oficinas salitreras y en Collahuasi. Dentro de sus novelas están Tamarugal y Un perdido. De esta última novela extractamos esta imagen de la ciudad:

Iquique un lugar desamparado:

“Al observar a Iquique desde la cubierta del barco, experimentó Luis la impresión de que traía su tristeza y su desamparo a un lugar desamparado y triste. Aquel caserío de madera, chato, color de barro, desparramado sobre la lonja de arena que se estrecha entre el mar, las dunas y los montes yermos de la meseta salitrera; aquella isla Serrano, tendida a la manera de un cetáceo vigilante al extremo del molo de piedras negras; todo aquel conglomerado ingrato a los sentidos y hosco al espíritu, que parecía entumecerse arropado en una bruma sucia como harapo del cielo invernal, le deprimió en aguda melancolía de destierro. Alzábanse, verdad, columnas de humo, abundantes y presurosas; oíase un pitear continuo, articulando la trepidación febril de pescantes y locomotoras, que vadeaban las aguas y rasgaban la atmósfera del buque; pero, no obstante estos latidos elocuentes de la actividad y del trabajo, la masa plana y descolorida de los edificios, todos bajos y sin tejados, esparciéndose tras la fila de bodegones de zinc con grandes cifras y firmas de comercio inglés, alemán, eslavo, hacían pensar en un hacinamiento de cajones pringosos que los cien navíos surtos en el puerto hubiesen vomitado, a prisa y sin orden, de sus bodegas húmedas a la playa amarilla” (Eduardo Barrios; 1960: 56).

IQUIQUE ES EL MAR

Iquique siempre fue una ciudad imán que atrajo al forastero. La pampa y el mar con sus especiales fisonomías impactaron al visitante:

“A primera vista, el mar desconcertó a Garrido. Su familiaridad con los bosques, con las montañas, con los ríos del interior de Aconcagua, no estaba hecha para apreciar la inmensidad del océano. El contraste fue demasiado violento” (González; 1956: 7).

En suma una ciudad que asemejaba más un lugar de castigo que un sitio de placer.

IQUIQUE ERA UNA VILLA GRANDE...

Por otro lado, el escritor iquiqueño Luis González Zenteno, en su obra *Caliche* editada en 1954⁽¹⁾, enfatiza el espíritu comunitario de la ciudad, en la que destaca su componente clasista, popular y solidario. Dice:

(1) Las novelas *Caliche* (1954) y *Los Pampinos* (1956) están ambientadas a principio de siglo. Alusiones a la masacre de la Escuela Santa María o al importante rol que juega en la novela *Recabarren* y la *Foch* así lo permiten entender.

“Iquique era una villa grande, acogedora, cordial, en que los habitantes proletarios se prestaban recíproco apoyo. El sentido clasista se expresaba en los más nobles ejemplos y no era un misterio para nadie que muchas personas no cerraban las puertas de sus ranchos, porque estaban seguros de que nadie entraría a robarles. I.W.W., ácratas y comunistas habían edificado una nueva moral. El tiempo hermoso del apoyo mutuo alumbraba los días” (González; 1954: 135).

Esta solidaridad también es advertida por Barrios:

“Lo mejor de Iquique, sin duda, es un instinto de solidaridad en que se amparan vagabundos y aventureros” (Barrios; 1960: 107).

Dimas Filgueira por su parte ya establece la grandiosidad de Iquique el año 1877:

“La ciudad cuenta hoy con edificios públicos y particulares de bastante importancia, siendo los que más llaman la atención del viajero, la Iglesia Parroquial, esmerado y hermoso monumento hecho de tabiques con argamasa de cal y cimient romano; la Aduana, antiguo edificio de mampostería y tabique en lo altos; el Banco Nacional de Chile, bella y elegante construcción contra-incendios concebida y llevada á cabo bajo la dirección de su autor el señor Don Eduardo de Lapeyrouse; el Banco de Valparaíso, construido bajo planos especiales también contra-incendios, de piedra con armazones de hierro y ladrillos; la cárcel pública y cuartel anexo para los guardias de policía municipal, cuyo edificio fue uno de los primeros que inauguró aquí la administración de

Chile como una indispensable necesidad y cuya obra fue ejecutada con planos y bajo la dirección de señor Don Eduardo Llanos. Este mismo caballero dirigió la obra de colegio de instrucción primaria para niños varones, llamado Domingo Santa María”.

La Recova, el edificio de altura de entonces ya anunciaba la expansión de Iquique hacia arriba.

“Hay además, el gran edificio de la plaza del mercado, ‘Recova’, en cuyos altos se encuentran las escuelas públicas para niñas; hospital general, al Oriente de la población; edificios de la estación del ferrocarril salitrero; torre del reloj de la plaza ‘Arturo Prat’; liceo popular y varios edificios particulares, resaltando entre ellos los de la nueva calle baquedano por su elegancia; el de los señores Zanelli Hermanos situado en la calle Esmeralda; el de la imprenta La Industria, la gran tienda de modas ‘La Dalia Azul’, el hotel de ‘La Bolsa’, la casa habitación de la firma J. Gildemeister y C^o.; North, Fölsch y Martín, Antonio Chinchilla y otras más, sin que también deje de llamar la atención, como lugar ameno y de baños, el ‘Molino Deva’, en cuyo local se puede gozar de las distracciones más agradables que este desierto arenoso puede proporcionar” (Filgueira; 1888: 12).

Tanto es esta actividad que Filgueira no puede evitar que le nazca ese sentimiento tan iquiqueño de compararnos con los otros, pero en diminutivo:

“Tal es sin disputa la importancia que ha tomado Iquique, que bien merece se le llame hoy El pequeño California...” (Filgueira; 1888: 12).

Y entre tanta actividad social, los iquiqueños ya mostraban dotes de grandes consumidores de licor:

“Cada mes se beben en Iquique 400 pipas de cervezas, 400 pipas de vino y además 200 pipas de aguardiente, ron y anisado” (Filgueira; 1888: 13).

Y de un espíritu bohemio que hasta el día de hoy permanece intacto:

“... incluyendo también un crecido número de casas de prostitución conocidas con el nombre de chincheles donde la gente trabajadora pierde parte ó el todo de sus jornales adquiridos por medio de un trabajo rudo; tabernas bautizadas aquí con el nombre de salones, quizás para dorar la píldora; y ainda mais que no es aquí del caso referir” (Filgueira; 1888: 11).

Pero no todo es bueno:

“Todo hay de bueno y malo, menos el agua potable y un teatro digno de la cultura de la población, porque el que hoy existe no merece el nombre de tal” (Filgueira; 1888: 11).

IQUIQUE COSMOPOLITA

El Iquique de fines de siglo veinte se caracteriza por la gran presencia de extranjeros atraídos por la actividad económica. Esto no es nueva. Luis González Zenteno en otra obra *Los Pampinos*, editada en 1954, marca el acento en el carácter cosmopolita de la ciudad.

“Desde ese rincón cosmopolita llamado Iquique, se hablaba hasta en las novelas. Marineros de todas las latitudes, alababan sus excelencias. Una ensenada maravillosa, protegida por altos cerros; un clima cálido, una - noches poéticas. La luna rielando sobre un mar de orfebrería y la música embriagando de amor los corazones” (González; 1956: 35).

Dimas Filgueira dice:

“Sus moradores eran peruanos, chilenos, alemanes, ingleses, italianos, españoles, austriacos y chinos” (Filgueira; 1888: 11).

IQUIQUE, PUERTO MAYOR DEL TRABAJO

El puerto es el lugar clave de la actividad no sólo económica sino que también social de Iquique. Entrada y salida de la ciudad por las venas del puertos la gente trabajaba:

“Entrar en el puerto era internarse en un colmenar rumoroso vibrante de actividad. Acá las grúas moviendo incansablemente sus brazos negros; allá las lanchas maulinas balanceando sus toscos cuerpos, decorados de blanco por el guano de las aves; acullá los jornaleros cargando la mercancía, moviendo los fardos, los cajones, los toneles, las pesadas piezas de metal, los tambores de aceite o petróleo. Un hormiguero humano trajinando nervioso bajo el esplendente sol de la mañana, que desde las altas cimas derramaba su polvo de oro, su purpurina luminosa sobre las casas sucias, los ranchos, las barcazas y los seres” (González; 1956: 89).

LA CRISIS QUE SE VE VENIR

La idea del auge y de la crisis expresada en otro trabajo (Guerrero; 1990:12) ya está anunciada con notoria preclaridad por Filgueira. El dice:

“Y á pesar de todo este engrandecimiento, de esta actividad mercantil, esta población no tiene más vida propia que aquella que le proporciona la industria salitrera, expuesta á caer el día menos pensado y á desaparecer quizá en cien años más ó antes. Sin vida propia, sin vegetación, sin agua dulce más que la destilada del mar, se parece á un tísico que no sabe, á pesar de su aparente buena salud, el momento en que le sorprenderá la muerte. Sus habitantes viven como provisionalmente en su recinto, y no hay persona que piense echar raíces, pues su suelo nada produce, más que la gran negociación del salitre y de las minas, monopolizadas ambas por un número determinado de personas” (Filgueira; 1988: 14).

Siempre insistiendo en la dicotomía auge-crisis el bombero Filgueira plantea:

“Después de la guerra de la independencia, volvió Iquique á una gran decadencia con la paralización de los trabajos en los minerales de Huantajaya, los cuales volvieron á comenzar más tarde, aunque en pequeña escala y así continuó siempre esta caleta hasta el año 1830, en que habiéndose empezado á sacar buen partido de los mantos de nitrato de soda, principió una nueva vida para esta población; y con la elaboración de esta sustancia fue adquiriendo un gran desarrollo la industria salitrera, pues en el primer año del que entonces se llamó descubrimiento, se exportaron 18,700 quintales españoles” (Filgueira; 1888: 2).

Iquique en los diccionarios de fines de siglo pasado

El Diccionario Geográfico de la República de Chile de Francisco Solano Asta-Buruaga y Cienfuegos editado en Santiago, en 1899 y el Diccionario Geográfico de las Provincias de Tacna y Tarapacá, de Francisco Riso Patrón, editado en Iquique el año 1890, contienen interesante imágenes sobre esta ciudad.

Iquique según Solano Asta Buruaga, está dormido (a) en el camino. Así:

“El asiento de esta ciudad se comprendía de antiguo en territorio del Perú y se llamaba primitivamente Iqueique. Se supone venir el nombre de una palabra de sus idiomas equivalente a dormida en el camino” (Solano Asta Buruaga; 1889: 335).

IQUIQUE: ESTACIÓN DE INDIOS PESCADORES

Especulando sobre la historia del puerto este autor dice:

“Parece haber sido lugar de estación de indios pescadores al vagar por estas costas, y lo fue después de los que viajaban de Arica al mineral de Guantajaya, desde su descubrimiento” (Solano Asta Buruaga; 1889: 335).

Iquique, era un caserío:

“El caserío, era como actualmente, construido todo de madera, tocuyo y papel, y casas de planta baja en su mayor parte, pues á causa de los incendios, son muy pocos los edificios que tienen dos ó más pisos; las calles han sufrido multitud de cambios y reformas, y sería casi imposible conocer á la población del año 1874 comparada con la del año 1879; la del 1880, con la 1883, y la de esta fecha, con la actual (1877)” (Filgueira; 1888: 11).

Para los iquiqueños de fines del presente siglo, les debe parecer curioso el hecho de que este autor hable de la isla Iquique, refiriéndose a la Isla Serrano que en los tiempos del Perú, se llamó isla Blanca.

“Iquique (Isla de)

Pequeña isla árida, de superficie desigual y peñascosa, situada en la extremidad sudoeste del puerto de Iquique y separada de este lado de la ciudad por un canalizo de 450 metros de anchura. Se extiende de E. a O. como 675 metros con un ancho de 300 de N. a S. por su centro, disminuyendo de aquí este ancho hasta terminar en punta, continuada por varios arrecifes. Hacia la mitad de la costa norte y frente a la bahía, se halla bajo los 20° 12' 15" Lat. y 70° 11' 15" Lon., el faro del puerto y vecinos al lado occidental dos de sus fuertes” (Solano Asta Buruaga; 1889: 336).

La isla del guano

“Esta isla contenía antes mucho guano, y parece haber sido el primer punto de donde éste principió a ser extraído con regularidad por los españoles; pues el ingeniero francés Frezier, que la visitó en 1713, dice que la encontró habitada por indios y negros que se ocupan de sacar guano, y que de éste, desde más de un siglo, se han cargado anualmente diez o doce buques, fuera del que sea conduce por tierra a Tarapacá, Pica y otros parajes circunvecinos para abonar sus viñas y tierras cultivadas” (Solano Asta Buruaga; 1889: 336).

Iquique: un mar bravío:

“Las agitaciones de mar son muy comunes en este puerto y las bravesas más frecuentes son entre los meses de Junio a Septiembre, inclusive, procedentes del Sur; y Octubre a Diciembre, bravesas del Norte. Los vientos que predominan en Iquique son los del Sur y Norte, éstos últimos, en los meses de Abril a Julio, desde las 6 P.M. hasta las 4 A.M. y desde esta hora, hasta las 10 A.M. hay calma; desde ésta hasta las 3 o 4 P.M., viento del NO. A veces, en estos mismos meses, sopla viento de los cerros, llamado “terral”.

Durante los meses de Agosto a Noviembre, predominan los vientos del Sur, entre las 8 A.M. y las 11 P.M., desde ésta, hasta la 1 y 2 de la madrugada hay calma; desde las 2 hasta las 7, 8 o 9 de la mañana, viento SO. En los meses de Diciembre a Marzo, hay grandes calmas. Soplan brisas rara vez, y cuando esto sucede, son del Sur. Cuando en los meses de Agosto a Noviembre soplan vientos fuertes del Sur, a las 8 o 9 de la noche cesan y principia a soplar el “terral” (Riso Patrón; 1890: 94).

Y hay un faro:

“En la isla hay un faro de tercera clase, de 29 millas de alcance en 180°, del N. al S. por el O.; de luz blanca a destellos prolongados de minuto en minuto (catadióptrico). Fue erigido en 1878-1879, es de construcción francesa. Está colocado al N. NO. de la isla, en la parte más elevada; la altura de su luz sobre el nivel del mar, es 31,25 metros; sus destellos son de 30” en 30”, demorándose 6 minutos en cada revolución. El alcance medio es de 20 millas. El servicio se hace con regularidad, atendido por tres empleados. Una estación meteorológica, se han instalado en la casa de los guardianes, el 17 de Junio de 1880. Cuenta con los siguientes instrumentos: un termómetro de aire libre, un barómetro de mercurio, con termómetro anexo (Fortín), un termómetro de máxima y mínima y un psicómetro. Se toman también observaciones de la fuerza del viento y su dirección, el estado atmosférico, de los temblores y otros fenómenos, tres veces al día y con arreglo al día astronómico” (Riso Patrón; 1890: 94).

Sobre la higiene de la población comenta:

“La parte higiénica de la ciudad ha cambiado completamente, como así en su policía y organización administrativa; en el día se ve una ciudad aseada, bien atendida y con todas las garantías que proporciona la ley a los habitantes en general” (Riso Patrón; 1890: 95).

El Morro barrio antiguo y principal:

“El caserío, o más bien la ciudad, principió en la punta oeste llamada el Morro, cuya altura sobre el nivel del mar es 8 metros, y ha seguido extendiéndose considerablemente, sobre una playa arenosa, difícil de conseguir en ella vegetación, por su terreno que es conchuela sobre roca” (Riso Patrón; 1890: 95).

Extranjeros y pescadores vivían allí:

“Iquique tenía algunas casas de extranjeros situadas en la ribera de la Puntilla; en el Morro vivían los pescadores indígenas y mestizos, y la población era tan pequeña, que su ‘panteón se hallaba en la bajada que hay desde el Morro á ensenada de la Puntilla, lugar que actualmente ocupa, en parte, el edificio de las compañías de Bomberos Núms. 2, 4, 5 y 7” (Filgueira; 1888: 2).

La Compañía de Alumbrado de la ciudad instalado en El Morro, es descrito de este modo:

“Crujió una hilera de casas como los cadáveres aplastados y se escucharon nítidamente las patadas isócronas de las turbinas de la Cía. de Alumbrado remeciendo la costra dura de ‘El Morro’, esa costra que a modo de oblonga península dibujaba una ancha cadera al puerto. Las rocas, erizada muchedumbre de cráneos y torsos pétreos, lidiaban con el mar, con su oleaje salivoso de bestia enardecida. Y encima de esa plataforma creada por la mano milagrosa de los cataclismos, los motores fabricando ríos de luz. Por eso apuntaban en las esquinas las pupilas borrosas de los focos o caía en las podridas aceras la claridad de una ventana. Los chinos, detrás de los mostradores, pulían en suave recogimiento sus abstracciones” (González; 1954: 108).

Interesante resultar advertir la descripción que hace el autor de los olores del Morro. Dice:

“No olía a rosas el aire, sino a yodo, a algas descompuestas, a sutil e indefinible sensualidad. Esa era la aureola de ‘El Morro-’ (González; 1954: 108).

Pero este barrio también olía a Perú:

“Otra aureola podía ser la heredada de los habitantes peruanos, la que imprimió en su fisonomía de sus frontis, la que quedó adherida a las casas de corredores, donde las balastradas dibujaban sus adornos torneados y las ventanas sus rejas de Vizcaya” (González; 1954: 108).

El agua ya era escasa:

“El agua que se ha consumido hasta la fecha es resacada y también traída de Arica; más ahora, por la Compañía de Agua de Tarapacá, por contrato con el Municipio, está obligada a vender el agua traída de los manantiales de Pica, a 1 y medio centavos el decálitro, lo que dará vida a la población, en donde se cultivarán con facilidad los pequeños jardines que cuidan en las casas particulares; a la vez que la Municipalidad, puede desde luego, principiar los trabajos en el terreno marcado en el plano de Iquique, para un parque, que será a no dudarlo, un verdadero pulmón de la ciudad. Los viajeros que la conozcan desde años atrás, y la visitan hoy día, verá otra población, levantada más gallarda y hermosa, de sus propias cenizas, como el ave Fénix que nos refiere la historia” (Riso Patrón; 1890:95).

González ya citado con respecto al tema del agua dice:

“¿O, en el peor de los casos, vender el agua a domicilio, como ocurre en Iquique?” (González; 1956: 235).

Iquique tendido sobre la arena.

“El pueblo propiamente dicho, ocupa la planicie arenosa que limita por el Sur a la bahía, entre el mar y los altos cerros, que se elevan al Oriente 800 metros. El caserío, que era antes todo de madera, a principiado, después de los grandes incendios, a reedificarse con material sólido y entre los principales edificios de este género, están: los del Banco de Valparaíso, Nacional, Dalia Azul, Grimberg, Granja, &. Sin embargo, los incendios han proporcionado a las autoridades, la oportunidad de ensanchar y rectificar las calles a un ancho de veinte metros, circunstancia que ha favorecido a la población, para su embellecimiento. Tanto el Intendente como el Municipio, han trabajado de consuno en el progreso y embellecimiento de la ciudad; pues el señor Ramón Yávar como primer mandatario, se propuso hace de Iquique una ciudad de primer orden; y entre las obras ejecutadas durante su administración cuéntese: la Plaza principal de Arturo Prat, la hermosa avenida de Baquedano; el camino o paseo de Cavanca, el elegante y bien construido coliseo, digno de figurar en las principales ciudades; el ensanche del Hospital; el arreglo y pavimentación de las calles; el aumento de la cañería contra incendio; el convenio, con la Compañía de Agua de Tarapacá, para vender agua a uno y medio centavos el decálitro, puesta a domicilio, desde el 1° de Agosto de 1890. Todo esto, unido a la concesión que el Gobierno ha hecho a la Municipalidad, por la

cual cede los terrenos baldíos que rodean la ciudad de Iquique, comprendidos entre la línea férrea que conduce a las salitreras, por el Norte; la misma línea férrea por el Este; la ribera del mar por el Oeste, y el paralelo que pasa al Sur de la punta o península de Cavancha, por el Sur. Así mismo, se ceden los sitios que, dentro de los límites señalados por el inciso anterior, han sido dados en arrendamiento a particulares, durante la ocupación militar. Con fecha 11 de Mayo de 1890, el señor Yávar, presentó un proyecto a la Municipalidad, para el levantamiento de un plano de la ciudad de Iquique, el que fue aprobado, facultándolo para contratar y nombrar al Ingeniero que lo llevara a término. Al efecto fue nombrado don Luis Riso Patrón, debiendo consultar la demarcación del perímetro necesario, para la construcción de tres espaciosas avenidas de 40 metros de latitud y un parque con 1.000 metros de N. a S. y de 500 de E. a O" (Riso Patrón; 1890: 96).

Un Iquique moderno empezaba ya a prefigurarse:

"Cuenta la ciudad con un extenso y activo comercio, iglesia parroquial a cargo de un vicario general, cuya jurisdicción abarca las provincias de Tacna y Tarapacá, cuerpo de bomberos, hoteles, teatro, plaza, juzgados, inspección de salitreras, policía, mercados, hospital, lazareto, bancos comerciales, compañías de seguros, telégrafo, teléfonos, casa de correos, ferrocarriles, oficinas de registro civil, guardia nacional, líneas periódicas y regulares de vapores, que mantiene a la ciudad en comunicación con el Norte y Sur de la República, cable submarino, establecimientos de beneficencia, salón filarmónico, imprentas en las que se imprimen tres diarios y un periódico, establecimientos de fundición de metales, de amalgamación, resacadoras de agua, fábricas de hielo, clubs; 16 sociedades anónimas mineras, que representan un capital de más de cuatro millones de pesos; doce sociedades salitreras que representan un capital de más de cinco millones de libras esterlinas; 13 sociedades anónimas varias, que representan un capital de más de treinta millones de pesos, incluyendo en éstas la sociedad de salitres y ferrocarriles y la proveedora de las salitreras; y muchas otras sociedades que no son anónimas, y que entre todas, puede calcularse, sin exagerar, cien millones de pesos en giro" (Riso Patrón; 1890: 96).

Pero este Iquique moderno ya molesta. Así lo hace saber el novelista Carlos León⁽²⁾:

(2) Autor del cuento "Todavía" ambientado en El Morro, a principios de siglo (León; 1989).

"Mi amigo vivía en la calle Baquedano, a media cuadra del monumento a Prat, un tanto retirado del centro. No me atreví a

salir a pie. Llamé un taxi. La calle Tarapacá y la calle Vivar, a las que me hice conducir, habían envejecido como yo. Semejaban a cualquier calle de Chile, pues habían sido invadidas por negocios funcionales, exhornados con esas cacatúas metálicas y estrepitosas que existen en todas las ciudades del país y que abruman los oídos con sus insípidas melodías y baladas cantadas en inglés, por hombres con voces de mujeres y por mujeres con voces de hombres (León; 1989: 107).

LAS CASAS DE IQUIQUE

Sobre las casas de Iquique, sus construcciones y sus interiores el novelista Carlos León, diseña esta imagen:

“En un ángulo del patio estaba el cuarto de baño, vestido con un artefacto gigantesco, con dos llaves: una para el agua dulce, la otra para la salada. Dada la naturaleza del clima, nadie se bañaba con agua caliente (León; 1989: 25)

Los techos de Iquique, sobre todo de aquellas casas de El Morro, con grandes azoteas de la calle Gorostiaga, Wilson y otras son descritas por León:

“Como los tejados, en Iquique, eran planos, debido a la carencia de lluvias, nos desplazábamos por ellos como si fueran verdaderos bulevares” (León; 1989: 31).

Una vida en los techos, que también tenía sus limitaciones:

“Sin embargo, no podíamos sentarnos, pues los techos de Iquique, planos, estaban cubiertos de conchuelas calcinadas que cortaban como cuchillos, por lo que no convenían pisarlas” (León; 1989: 38).

Las conchuelas tenían su función:

“Ese sistema pretendía impermeabilizar las casas, en caso de lluvia” (León; 1989: 39).

Y las calles de la ciudad:

“La gente iba y venía por las desvencijadas veredas de maderas que la broma y la humedad deterioraron” (González; 1956: 19).

Sonaban a maderas:

“Y echó a andar calle abajo. Los pasos del hombre resonaron con energía en la acera de tablas, debilitándose gradualmente hasta extinguirse por completo” (González; 1956: 202).

CONCLUSIONES

Literatos como geógrafos, iquiqueños o no, hermandados por la interpretación de Iquique, nos dan sus impresiones de una ciudad que se construye y reconstruye a si misma. Una ciudad que desde principios de siglos va avizorando su suerte, al parecer casi siempre tendida entre el auge y el ocaso como un signo de su fatalidad. Etnografías que desde la subjetividad del escritor nos entregan informaciones llenas de vida del puerto de principios de siglo.

Iquique, puerto imán que atrae fue también el puerto de la desolación en que Luis, personaje de *Un perdido* no logra aún entender. Como él muchos que han llegado y terminan quedándose. Es el Iquique de las calles estrechas y veredas de maderas que parece avanzar a una modernidad alabada por Riso Patrón pero cuestionada por Carlos León. En definitiva, una ciudad de ventanas abiertas como la descrita por González que se extingue lentamente a través de tantos barrotes que impiden esa vida social de principios de siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- Asta-Buruaga y Cienfuegos, Francisco Solano. Diccionario Geográfico de la República de Chile. Segunda Edición Corregida y Aumentada; Santiago, 1899.
- Barrios, Eduardo. *Un perdido*. Empresa Editora Zig-Zag; Sanmtiago, 1960.
- Filgueira, Dimas. *Historia de las Compañías de Bomberos de Iquique y Datos Estadísticos referentes a las mismas hasta el año de 1888*. Imprenta de Rafael Bini; Iquique, 1888.
- Geertz, C. *El antropólogo como autor*. Paidós Studio; Barcelona, 1989.
- Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En: *Antropología Lecturas*. Paul Bohannan y Mark Glazer (eds). McGraw Hill; Madrid, 1992. pp. 545-568.

--- Géneros Confusos: La Refiguración del Pensamiento Social. En: Conocimiento Local. Paidós Studio; Barcelona, 1994. pp 31-49.

González Zenteno, Luis. Caliche. Editorial Nascimento; Santiago, 1954.

--- Los Pampinos. Editorial Prensa Latinoamericana; Santiago, 1955.

Guerrero, Bernardo. Del Chumbeque a la Zofri. ¿ Los iquiqueños somos los mismos? Crear y Ediciones el Jote Errante; Iquique, 1991.

León, Carlos. Todavía. Editorial Andrés Bello; Santiago, 1989. pp 17-121.

Riso Patrón, Francisco. Diccionario Geográfico de las Provincias de Tacna y Tarapacá. Iquique. 2da Edición 1984 de Nelson Gallardo Ceballos. Iquique. 1984. Instituto Profesional de Iquique, 1890.

Rosaldo, Renato. Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social. Grijalbo; México, 1989.